

En el terreno de la política, donde al parecer mas debiera campear el espíritu de libertad, ¿no son contados los hombres que marchan al frente? ¿no los distinguimos tan claro como á los generales de ejércitos en campaña? En la arena parlamentaria ¿veremos acaso otra cosa que dos ó tres cuerpos de combatientes que hacen sus evoluciones á las órdenes del respectivo caudillo con la mayor regularidad y disciplina? ¡Oh! ¡cuán bien comprenderán estas verdades aquellos que se hallan elevados á tal altura! ellos que conocen nuestra flaqueza, ellos que saben que para engañar á los hombres bastan por lo comun las palabras, ellos habrán sentido mil veces asomar en sus labios la sonrisa, cuando al contemplar engreidos el campo de sus triunfos, al verse rodeados de una turba preciada de inteligente que los admiraba y aclamaba con entusiasmo, habrán oído á algunos de sus mas fervientes y mas devotos prosélitos cual blasonaban de ilimitada libertad de pensar, de completa independencia en las opiniones y en los votos.

Tal es el hombre: tal nos le muestran la historia y la experiencia de cada dia. La inspiracion del genio, esa fuerza sublime que eleva el entendimiento de algunos seres privilegiados, ejercerá siempre no solo sobre los sencillos é ignorantes, sino tambien sobre el comun de los sabios, una accion fascinadora. ¿Dónde está pues el ultraje que hace á la razon humana la religion católica, cuando al propio tiempo que le presenta los títulos que prueban su divinidad, le exige la fé? ¿Esa fé que el hombre dispensa tan fácilmente á otro hombre, en todas materias, aun en aquellas en que mas presume de sabio, no podrá prestarla sin mengua de su dignidad á la Iglesia católica? ¿Será un instinto hecho á su razon el señalarle una norma fija, que le asegure con respecto á los puntos que mas le importan, dejándole por otra parte amplia libertad de pensar lo que mas le agrada sobre aquel mundo que Dios ha entregado á las disputas de los hombres? Con esto ¿hace acaso mas la Iglesia que andar muy de acuerdo con las lecciones de la mas alta filosofía, manifestar un profundo conocimiento del espíritu humano, y librarle de tantos males como le acarrea su volubilidad é inconstancia, su veleidoso orgullo, combinados de un modo extraño con esa facilidad increíble de deferir á la palabra de otro hombre? ¿Quién no ve que con ese sistema de la religion católica se pone un dique al espíritu de *prose-*

litismo que tantos daños ha causado á la sociedad? Ya que el hombre tiene esa irresistible tendencia á seguir los pasos de otro, ¿no hace un gran beneficio á la humanidad la Iglesia católica, señalándole de un modo seguro el camino por donde debe andar, si quiere seguir las pisadas de un Hombre-Dios? ¿No pone de esta manera muy á cubierto la dignidad humana, librando al propio tiempo de terrible naufragio, los conocimientos mas necesarios al individuo y á la sociedad? (8)

CAPITULO VI.

En contra de la autoridad que trata de ejercer su jurisdiccion sobre el entendimiento, se alegará sin duda el adelanto de las sociedades; y el alto grado de civilizacion y cultura á que han llegado las naciones modernas, se producirá como un título de justicia para lo que se apellida emancipacion del entendimiento. A mi juicio, está tan distante esta réplica de tener algo de sólido, está tan mal cimentada sobre el hecho en que pretende apoyarse, que antes bien del mayor adelanto de la sociedad, debiera inferirse la necesidad mas urgente de una regla viva, tal como la juzgan indispensable los católicos.

Decir que las sociedades en su infancia y adolescencia hayan podido necesitar esa autoridad como un freno saludable, pero que este freno se ha hecho inútil y degradante cuando el entendimiento humano ha llegado á mayor desarrollo, es desconocer completamente la relacion que tienen con los diferentes estados de nuestro entendimiento, los objetos sobre que versa semejante autoridad.

La verdadera idea de Dios, el origen, el destino y la norma de conducta del hombre, y todo el conjunto de medios que Dios le ha proporcionado para llegar á su alto fin, he aqui los objetos so-

bre que versa la fé, y sobre los cuales pretenden los católicos la necesidad de una regla infalible; sosteniendo, que á no ser así, do fuera dable evitar los mas lamentables extravíos, ni poner la verdad á cubierto de las cavilaciones humanas.

Esta sencilla consideracion bastará para convencer, que el exámen privado seria mucho menos peligroso en pueblos poco adelantados en la carrera de la civilizacion, que no en otros que hayan ya adelantado mucho en ella. En un pueblo cercano á su infancia hay naturalmente un gran fondo de candor y sencillez, disposiciones muy favorables para que recibiera con docilidad las lecciones esparcidas en el sagrado Texto, saboreándose en las de fácil comprension, y humillando su frente ante la sublime oscuridad de aquellos lugares, que Dios ha querido encubrir con el velo del misterio. Hasta su misma posicion crearia en cierto modo una autoridad; pues como no estuviera aun afectado por el orgullo y la manía del saber, se habria reducido á muy pocos el examinar el sentido de las revelaciones hechas por Dios al hombre, y esto produciria naturalmente un punto céntrico de donde dimanara la enseñanza.

Pero sucede muy de otra manera en un pueblo adelantado en la carrera del saber; porque la estension de los conocimientos á mayor número de individuos, aumentando el orgullo y la volubilidad, multiplica y subdivide las sectas en infinitas fracciones, y acaba por trastornar todas las ideas, y por corromper las tradiciones mas puras. El pueblo cercano á su infancia, como está exento de la vanidad científica, entregado á sus ocupaciones sencillas, y apegado á sus antiguas costumbres, escucha con docilidad y respeto al anciano venerable que rodeado de sus hijos y nietos, refiere con tierna emocion la historia y los consejos que él á su vez habia recibido de sus antepasados; pero cuando la sociedad ha llegado á mucho desarrollo, cuando debilitado el respeto á los padres de familia, se ha perdido la veneracion á las canas, cuando nombres pomposos, aparatos científicos, grandes bibliotecas, hacen formar al hombre un gran concepto de la fuerza de su entendimiento; cuando la multiplicacion y actividad de las comunicaciones esparcen á grandes distancias las ideas, y haciéndolas fermentar por medio del calor que adquieren con el movimiento, les dan aquella fuerza mágica que señorea los espíritus; entonces es precisa, indispensable una autoridad, que siem-

pre viva, siempre presente, siempre en disposicion de acudir adonde lo exija la necesidad, cubra con robusta égida el sagrado depósito de las verdades independientes de tiempos y climas, sin cuyo conocimiento flota eternamente el hombre á merced de sus errores y caprichos, y marcha con vacilante paso desde la cuna al sepulcro; aquellas verdades sobre las cuales está asentada la sociedad como sobre firmísimo cimiento; cimiento que una vez conmovido, pierde su aplomo el edificio, oscila, se desmorona, y se cae á pedazos. La historia literaria y política de Europa de tres siglos á esta parte, nos ofrece demasiadas pruebas de lo que acabo de decir; siendo de lamentar, que cabalmente estalló la revolucion religiosa en el momento en que debia ser mas fatal; porque encontrando á las sociedades agitadas por la actividad que desplegaba el espíritu humano, quebrantó el dique cuando era necesario robustecerle.

Por cierto que no es saludable apocar en demasia á nuestro espíritu, achacándole defectos que no tenga, ó exagerando aquellos de que en realidad adolece; pero tampoco es conveniente engreirle sobradamente, ponderando mas de lo que es justo el alcance de sus fuerzas: esto, á mas de serle muy dañoso en diferentes sentidos, es muy poco favorable á su mismo adelanto; y aun, si bien se mira, es poco conforme al carácter grave y circunspecto que ha de ser uno de los distintivos de la verdadera ciencia. Que la ciencia, si ha de ser digna de este nombre, no ha de ser tan pueril, que se muestre ufana y vanidosa por aquello que en realidad no le pertenece como propiedad suya: es menester que no desconozca los límites que la circunscriben, y que tenga bastante generosidad y candidez para confesar su flaqueza.

Un hecho hay en la historia de las ciencias, que al propio tiempo que revela la intrínseca debilidad del entendimiento, hace palpar lo mucho que entra de lisonja en los desmedidos elogios que á veces se le prodigan; infiriéndose de aquí, cuán arriesgado sea el abandonarle del todo á sí mismo, sin ningun género de guia. Consiste este hecho en las sombras que se van encontrando á medida que nos acercamos á la investigacion de los secretos que rodean los primeros principios de las ciencias: por manera que, aun bablando de las que mas nombrada tienen por su verdad, evidencia y exactitud, en llegando á profundizar hasta sus cimientos, parece que se encuentra un terreno poco firme,

resbaladizo, en términos que el entendimiento, sintiéndose poco seguro y vacilante, retrocede temeroso de descubrir alguna cosa, que lanzara la incertidumbre y la duda sobre aquellas verdades en cuya evidencia se había complacido.

No participo yo del mal humor de Hobbes contra las matemáticas, y entusiasta como soy de sus adelantos, y profundamente convencido como estoy, de las ventajas que su estudio acarrea á las demas ciencias y á la sociedad, mal pudiera tratar, ni de disminuir su mérito, ni de disputarles ninguno de los títulos que las ennoblecen; pero ¿quién diría que ni ellas se exceptúan de la regla general? ¿faltan acaso en ellas puntos débiles, senderos tenebrosos?

Por cierto que al exponer los primeros principios de estas ciencias, consideradas en toda su abstraccion, y al deducir las proposiciones mas elementales, camina el entendimiento por un terreno llano, desembarazado, donde ni se ofrece siquiera la idea de que pueda ocurrir el mas ligero tropiezo. Prescindiré ahora de las sombras que hasta sobre este camino podrian esparcir la ideología y la metafísica, si se presentasen á disputar sobre algunos puntos, aun buscando su apoyo en los escritos de filósofos aventajados; pero ciñéndonos al círculo en que naturalmente se encierran las matemáticas, ¿quién de los versados en ellas ignora, que avanzando en sus teorías se encuentran ciertos puntos donde el entendimiento tropieza con una sombra, donde á pesar de tener á la vista la demostracion, y de haberla empleado en todas sus partes, se halla como fluctuante, sintiendo un no sé qué de incertidumbre, de que apenas acierta á darse cuenta á sí propio? ¿Quién no ha experimentado que á veces, despues de dilatados racionios, al divisar la verdad, se halla uno como si hubiera descubierto la luz del día, pero despues de haber andado largo trecho á oscuras, por un camino cubierto? Fijando entonces vivamente la atencion sobre aquellos pensamientos que divagan por la mente como exhalaciones momentáneas, sobre aquellos movimientos casi imperceptibles, que en tales casos nacen y mueren de continuo en nuestra alma; se nota que el entendimiento en medio de sus fluctuaciones, estiende la mano sin advertirlo al áncora que le ofrece la autoridad ajena, y que para asegurarse, hace desfilar delante de sus ojos las sombras de algunos matemáticos ilustres; y el corazon como que se alegra de que

aquello esté ya enteramente fuera de duda, por haberlo visto de una misma manera una série de hombres grandes. ¿Y qué? ¿se sublevará tal vez la ignorancia y el orgullo contra semejantes reflexiones? estudiad esas ciencias, ó cuando menos, leed su historia, y os convencereis de que tambien se encuentran en ellas abundantes pruebas de la debilidad del entendimiento del hombre.

La portentosa invencion de Newton y Leibnitz ¿no encontró en Europa numerosos adversarios? ¿No necesitó para solidarse bien, el que pasara algun tiempo, y que la piedra de toque de las aplicaciones viniese á manifestar la verdad de los principios y la exactitud de los racionios? ¿Y creéis por ventura, que si ahora se presentara de nuevo esa invencion en el campo de las ciencias, hasta suponiéndola pertrechada de todas las pruebas con que se la ha robustecido, y rodeada de aquella luz con que la han bañado tantas aclaraciones; creéis por ventura, repito, que no necesitaria tambien de algun tiempo, para que afirmada, digámoslo así, con el derecho de prescripcion, alcanzase en sus dominios la tranquilidad y sosiego de que actualmente disfruta?

Bien se deja sospechar que no les ha de caber á las demas ciencias escasa parte de esa incertidumbre que trae su origen de la misma flaqueza del espíritu humano; y como quiera que en cuanto á ellas apenas me parece posible que haya quien trate de contradecirlo, pasaré á presentar algunas consideraciones sobre el carácter peculiar de las ciencias morales.

Tal vez no se ha reparado bastante que no hay estudio mas engañoso que el de las verdades morales; y le llamo engañoso, porque brindando al investigador con una facilidad aparente, le empeña en pasos en que apenas se encuentra salida. Son como aquellas aguas tranquilas que manifiestan poca profundidad, un fondo falso, pero que encierran un insondable abismo. Familiarizados nosotros con su lenguaje desde la mas tierna infancia; viendo en rededor nuestro sus continuas aplicaciones, sintiendo que se nos presentan como de bulto, y hallándonos con cierta facilidad de hablar de repente sobre muchos de sus puntos, persuadimonos con ligereza de que tampoco nos ha de ser difícil un estudio profundo de sus mas altos principios, y de sus relaciones mas delicadas; y ¡cosa admirable! apenas salimos de la esfera del sentido comun, apenas tratamos de desviarnos de aquellas espresiones sencillas, las mismas que balbucientes pronunciábamos en el

regazo de nuestra madre, nos hallamos en el mas confuso laberinto. Entonces, si el entendimiento se abandona á sus cavilaciones, si no escucha la voz del corazon que le habla con tanta sencillez como elocuencia, si no templá aquella fogosidad que le comunica el orgullo, si con loco desvanecimiento no atiende á lo que le prescribe el cuerdo buen sentido, llega hasta el exceso de despreciar el depósito de aquellas tan saludables como necesarias verdades que conserva la sociedad para ir las trasmitiendo de generacion en generacion; y marchando solo á tientas en medio de las mas densas tinieblas, acaba por derrumbarse en aquellos precipicios de extravagancias y delirios de que la historia de las ciencias nos ofrece tan repetidos y lamentables ejemplos.

Si bien se observa, se nota una cosa semejante en todas las ciencias; porque el Criador ha querido que no nos faltaran aquellos conocimientos que nos eran necesarios para el uso de la vida, y para llegar á nuestro destino; pero no ha querido complacer nuestra curiosidad, descubriéndonos verdades que para nada nos eran necesarias. Sin embargo, en algunas materias ha comunicado al entendimiento cierta facilidad que le hace capaz de enriquecer de continuo sus dominios; pero en orden á las verdades morales, le ha dejado en una esterilidad completa; lo que necesitaba saber, ó se lo ha grabado con caracteres muy sencillos é inteligibles en el fondo de su corazon, ó se lo ha consignado de un modo muy espreso y terminante en el sagrado Texto, mostrándole una regla fija en la autoridad de la Iglesia á donde podia acudir para aclarar sus dudas; pero por lo demas, le ha dejado de manera, que si trata de cavilar y espaciarse á su capricho, recorre de continuo un mismo camino, lo hace y deshace mil veces: encontrando en un extremo el *escepticismo*, en el otro la *verdad pura*.

Algunos ideólogos modernos reclamarán tal vez contra reflexiones semejantes, y mostrarán en contra de esta asercion el fruto de sus trabajos analíticos. “Cuando no se habia descendido al análisis de los hechos, dirán ellos, cuando se divagaba entre sistemas aéreos, y se recibian palabras sin exámen ni discernimiento, entonces pudiera ser verdad todo esto; pero ahora, cuando las ideas de bien y de mal moral las hemos aclarado nosotros tan completamente, que hemos deslindado lo que habia en ellas de preocupacion y de filosofía, que hemos asentado todo

el sistema de moral sobre principios tan sencillos, como son el placer y el dolor, que hemos dado en estas materias ideas tan claras, como son las *varias sensaciones que nos causa una naranja*; ahora, decir todo esto, es ser ingrato con las ciencias, es desconocer el fruto de nuestros sudores.” Ni me son desconocidos los trabajos de algunos nuevos ideólogo-moralistas, ni la engañosa sencillez con que desenvuelven sus teorías, dando á las mas difíciles materias un aspecto de facilidad y llaneza, que al parecer debe de estar todo al alcance de las inteligencias mas limitadas: no es este el lugar mas á propósito para examinar esas teorías, esas investigaciones analíticas; observaré no obstante, que á pesar de tanta sencillez, no parece que se vaya en pos de ellos ni la sociedad ni la ciencia; y que sus opiniones, sin embargo de ser recientes, son ya viejas. Y no es extraño, porque fácilmente se habia de ocurrir, que á pesar de su positivismo, si puedo valerme de esta palabra, son tan hipotéticos esos ideólogos como muchos de los antecesores á quienes ellos motejan y desprecian. Escuela pequeña y de espíritu limitado, que sin estar en posesion de la verdad, no tiene siquiera aquella belleza con que hermocean á otras los brillantes sueños de grandes hombres; escuela orgullosa y alucinada, que cree profundizar un hecho cuando le oscurece, y afianzarle solo porque le asevera; y que en tratándose de relaciones morales, se figura que analiza el corazon solo porque le descompone y diseca.

Si tal es nuestro entendimiento, si tanta es su flaqueza con respecto á todas las ciencias, si tanta es su esterilidad en los conocimientos morales, que no ha podido adelantar un ápice sobre lo que le ha enseñado la bondadosa Providencia; ¿qué beneficio ha hecho el Protestantismo á las sociedades modernas quebrantando la fuerza de la autoridad, única capaz de poner un dique á lamentables extravíos (9)?